

AGUILAR

◆ La dramatización de nuestra situación crítica puede estar ocultando u olvidando lo que hacen o lo que habrían de hacer juntos gobierno y sociedad.

Menos drama y más acción

LUIS F. AGUILAR

Si no fuera porque nuestro porvenir colectivo, familiar y personal está en riesgo, el espectáculo de la vida pública del país tiene todo para hacernos pasar de la frustración al fastidio, de la preocupación al escepticismo y del drama a la opereta. La cuestión nacional no consiste en que estemos metidos en una situación de crisis económica y recesión, como lo están todos los países del mundo, con el añadido de la inseguridad pública que padecemos. La cuestión se ubica más bien en el modo como estamos analizando y encarando la crisis económica, política y policial que vivimos. Supimos de un Acuerdo Nacional a favor de la Economía Familiar y el Empleo, pero no se ha rendido cuenta de sus primeras acciones y resultados. Nadie pide milagros inmediatos al gobierno, basta dar una mirada a los pocos resultados de los Brown, Sarkozy, Merkel, Berlusconi, Zapatero, Obama. Pero es exigible y urgente conocer sus acciones y resultados, en el entendido de que para revertir la recesión se requieren más acciones que las del gobierno, aunque el lugar común sea la imploración del retorno del Estado (¿de qué tipo?).

Gobierno, empresarios, profesionistas independientes, organizaciones académicas y sociales, nosotros mismos estamos tratando de resolver los problemas que nos caen encima. Hay un esfuerzo colectivo que se extiende desde las decisiones del Banco de México y las actividades de las secretarías de Estado hasta nuestros amigos que madrugan para llegar a su trabajo y sostener su vida personal y familiar. Sin embargo, es también visible en el escenario público que buen número de nuestros dirigentes políticos y opinadores se distinguen por su capacidad para señalar el problema, agigantarlo, dramatizarlo, hacer el pronunciamiento de que nada funciona en el país, pero que no ofrecen alguna propuesta viable y clara de las actividades que habría que llevar a cabo juntos, poderes públicos, partidos políticos, organizaciones económicas y sociales, para resolver los problemas críticos y complejismos del desempleo, el empobrecimiento relativo, la devaluación, la caída productiva, la criminalidad. Somos especialistas en incendiar los problemas y en predicar lo que se debe hacer, pero cojeamos cuando se

llega al momento de señalar las acciones de respuesta y decir los cómo. El *know how* no vende ni cautiva al gran público ni es el motor de la carrera política, aunque es básico para resolver los problemas.

Los españoles después del franquismo llamaron "destape" a la explosión del comportamiento atropellado y hasta festivo de sus libertades. Nosotros no hemos encontrado aún el término que describa la explosión desordenada de nuestras libertades después de la caída del autoritarismo presidencial-priista, aunque hemos de sobra observado que nuestra emancipación ha sido más bien apesadumbrada, enojada, debido a nuestra costumbre al pleito con los que consideramos rivales, nuestra exigencia de soluciones totales e instantáneas, nuestra tendencia a inculpar más que a explicar y, sobre todo, nuestra propensión a centrar en un único factor la explicación y solución de todos nuestros problemas, aunque descubramos después nuestra ignorancia y reconozcamos que otros factores eran necesarios para resolverlos.

Me detengo en destacar dos ejemplos de nuestra propensión a imputar todos los males a un solo factor y a pensar que, eliminado, tenemos el camino abierto a la felicidad. El primero es el de la democratización del régimen, que fue pensada como alternancia, sin que jamás se valorara la necesidad de construir el orden institucional y fiscal que la democracia pluralista y primeriza requiere para no ir a la deriva. El segundo ejemplo es la liberalización de los mercados, que no tomó

en consideración, fuera del énfasis en desregulaciones y derechos de propiedad, que se requerían otros factores para poder funcionar, como la certidumbre jurídica, la seguridad pública, la eficiencia y la incorrupción de la administración pública, para no mencionar los factores de organización económica (empresariales y sindicales) y de recursos humanos.

Ahora, ante la presión de la recesión económica y el desorden político, se considera que las causas de nuestros problemas son los poderes fácticos (televisoras, sindicatos y grupos empresariales) que supuestamente tienen capturado al Estado; los monopolios (¿también los públicos?) y dominancias que existen en específicos sectores económicos, que han de ser suprimidos porque impiden supuestamente alcanzar la competitividad internacional; la "spotización" de las elecciones que su-



Continúa en siguiente hoja

Fecha 11.02.2009	Sección Primera - Opinión	Página 12
---------------------	------------------------------	--------------

puestamente provoca rechazo a los partidos políticos y a las elecciones mismas. Otros añadirían la partidocracia, ese otro oscuro poder nacional en mucho fáctico y en parte institucional... La eliminación de esas situaciones no es suficiente, como no fue suficiente la eliminación

política del PRI o la eliminación del intervencionismo económico estatal. Hay más cosas y más de fondo. Eliminar esos factores es apenas el arranque de una empresa colectiva que para llevarnos a la soberanía decisional del Estado, al imperio de la ley, a la competitividad ganadora y a una democracia con capacidad directiva requiere integrar otros factores que se ignoran o que se callan porque no suscitan aclamación popular.

Evitemos reproducir un análisis parcial. Salir del atolladero económico y político requiere visión panorámica y compleja, que es la distintiva de los grandes dirigentes, y que señala no sólo los bellos resultados finales sino las duras actividades a realizar para producirlos. La preferencia por las nueces y no sólo por el ruido.